

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Sábado, 29 de Marzo de 2008

LA BARCA DE CARONTE. DECIMOCUARTO CAPÍTULO. EN EL OTRO LADO DE INTERNET.

Raquel ha conseguido, por fin, ganarse un buen amigo. Ella no creía que con Internet podía conseguirlo, pero creyó al final. Raquel ya no tenía amigos ni amigas. A Raquel no le gustaba hacer “botellón” ni salir por ahí. Pero la *soledad* a la que estaba sometida ya le resultaba muy aburrida. No era muy partidaria de Internet, pero terminó siendo su único entretenimiento. Probó un buen día a registrarse en uno de los múltiples chats que por la red discurren. Ella no esperaba que nadie le ofreciera una conversación siquiera. Pero no fue así.

Jafet_inmunde, así se identificó aquel contacto que Raquel agregó inmediatamente a su vacía lista de contactos. No se lo podía creer, pero Internet estaba obrando el milagro. Raquel estaba entusiasmada. Volvía a sentir lo que era la amistad. Y el contacto parecía ser convincente. Le contó que era un chico de su misma edad y que, como ella, tampoco tenía amigos. Nunca le quiso contar desde qué lugar se conectaba, pero eso a Raquel le importaba poco.

Conforme han ido pasando los meses, Raquel y el enigmático *Jafet_inmunde* han ido intimando todo lo que se puede intimar a través de Internet, que no es poco. Raquel le ha ido enseñando y enviando fotos suyas, pero *Jafet_inmunde* se niega incluso a poner imágenes en su recuadro. Sin embargo, a Raquel no le importa, puesto que ya tiene por lo menos a alguien a quien contar sus problemas, sus cuestiones íntimas, incluso sus sentimientos.

Pero todo empezó a cambiar. El tal *Jafet_inmunde* comenzó a decirle que pronto, más de lo que Raquel creía, iban a conocerse en persona. Pero le comentó algo que dejó helada a Raquel: “*Te estoy contemplando en este mismo instante, estás sentada frente al ordenador en tu habitación y llevas un jersey rojo con unos vaqueros y unas deportivas. ¿Me equivoco?*” ¿Cómo podía ser eso posible? Raquel no tenía webcam y era imposible que alguien la estuviera contemplando, puesto que tenía la ventana cerrada y la persiana bajada. Raquel se asustó y apagó de inmediato el ordenador. Pero minutos después, el ordenador se le encendió de nuevo. Raquel volvió a apagarlo. Y poco después volvió a funcionar. La cosa se empezó a poner muy fea.

Raquel no tuvo más remedio que pedir ayuda a su madre y llamar a la policía. Pero justo cuando llegó la policía, el ordenador permaneció apagado, todo parecía normal. Cuando el reloj terminó de dar las tres campanadas correspondientes a las tres de la madrugada, el ordenador volvió a encenderse. Y eso, a pesar de que Raquel lo había desenchufado. Pero para su sorpresa, el ordenador estaba enchufado. No solo eso. Raquel no pudo sentarse en la silla que tenía frente al ordenador. Una especie de energía, quién sabe proveniente de dónde, la echaba hacia atrás. Inmediatamente se abrió el programa Word y el teclado comenzó a teclear como si algo o alguien estuviesen verdaderamente escribiendo. Aparentemente no había nadie. Raquel quiso gritar, pero algo le tronaba la voz. Quiso salir de la habitación, pero algo la hizo permanecer inmóvil, a los pies de su cama, pero teniendo siempre visible el ordenador. Y en la pantalla, con el Word, pudo comenzar a leer: “*Ven conmigo, yo no soy de tu mundo, pero aquí se está mucho mejor. Mátate, mátate y verás qué bien se está. Soy tu amigo. Tu único amigo. ¿No lo recuerdas? Estoy sentado frente al ordenador. Pero no me vas a poder ver hasta que no te mates. ¡Mátate! ¡Mátate! Quiero darte un abrazo, un beso, conocerte mejor. Pero para eso tienes que cruzar. ¡Cruza! ¡Cruza!*”

Entonces, a Raquel, algo le perturbó el alma. Dejó de sentir el pánico atroz que hasta entonces le agarrotaba el cuerpo. Pero estaba ayudada por un resorte invisible, imperceptible. Raquel quedó completamente convencida de que tenía que cruzar. Salió en dirección a la cocina (ahora ya no tenía impedimentos para abrir la puerta de su dormitorio) y allí, agarró con mucha fuerza uno de los muchos cuchillos que había sobre la mesa. Después, se fue hacia el baño y se puso frente al espejo. Solo entraba una tenue luz por la ventana, luz que se reflejaba suavemente sobre el espejo. Y allí, mirándose, contemplando su propia imagen, se rebanó el cuello de un solo tajo.

A la mañana siguiente, su madre se encontró con el cuerpo abandonado de Raquel. Ella ya no estaba allí. El suelo era una laguna de sangre. Pero este no era el último capítulo de la historia... en el ordenador, la policía científica pudo encontrar un archivo de Word escrito esa misma mañana, cuando Raquel había cruzado hacía ya bastantes horas: “*He cruzado, mamá. Por fin siento cosas distintas. Y eso es bueno. En este mundo estoy muy a gusto. Jafet me cuida. Es un chico que murió de cáncer hace unos años. Lo siento mamá. No he podido despedirme de ti. Por eso lo hago ahora, desde un lugar que sólo conocerás cuando te toque. A mí me tocó anoche. Y soy afortunada. Un beso mamá. Te quiero.*”

ESTE RELATO VA DEDICADO A TODOS AQUÉLLOS QUE LEEN MIS RELATOS Y COMPARTEN ALGUNOS RATOS DE SU VALIOSO TIEMPO, CON QUIEN ESCRIBE, EN EL MESSENGER. TAMBIÉN, Y ESPECIALMENTE, A SOLEDAD, QUE APARTE DE SER UNA LECTORA FIEL ME HA PREMIADO CON SU AMISTAD.

SIEMPRE VUESTRO, VÍKTOR.